

BERTRAND
RUSSELL

EL GENOCIDIO EN VIETNAM CONTADO POR SUS AUTORES

Estados Unidos mantiene un ejército de ocupación en Vietnam, empeñado en la supresión de un movimiento de resistencia que, mediante recursos legítimos, disfruta del apoyo de la gran mayoría de la población. La resistencia vietnamita lucha por la soberanía nacional y la independencia, por el derecho a la autodeterminación. Es en este contexto donde debemos estudiar los anales de la intervención norteamericana.

“Quienquiera que haya pasado cierto tiempo en las zonas de combate ha visto cabezas de prisioneros mantenidas bajo el agua, gargantas oprimidas por bayonetas, víctimas con astillas de bambú hundidas bajo sus uñas, cables de un teléfono de campaña conectados a brazos, pezones o testículos.”

Esta declaración apareció en el *New York Times Magazine*, del 28 de noviembre de 1965, y la escribió el corresponsal de *Newsweek*, William Tuohy. Tales torturas y mutilaciones, realizadas por las fuerzas norteamericanas, son descritas cada vez más frecuentemente. Con anterioridad, Donald Wise, jefe de corresponsales extranjeros en Londres del *Sunday Mirror*, informaba:

“Ningún norteamericano podría exigir a sus subordinados que dejaran de torturar. Ni siquiera se sienten impulsados a formular exigencias de tal tipo. Los métodos habituales de tortura consisten en sumergir a las víctimas, comenzando por la cabeza, en tanques de agua, cortarles tajadas con cuchillos, golpearles las sienes con medias llenas de arena y enchufarlos a los generadores eléctricos de los puestos militares de comando”. (*Sunday Mirror*, 4 de abril de 1965.)

Este testimonio es confirmado por corresponsales norteamericanos independientes:

“Uno de los más infames métodos de tortura aplicado por las fuerzas gubernamentales es la electrocución parcial, o “fritada”. Este corresponsal presencié un caso. A un prisionero del Vietcong le ataron cables a los pulgares. Los hilos estaban conectados, por su otro extremo, a un generador de campaña. Al producir corriente eléctrica el mecanismo, el prisionero era objeto de sacudidas y quemaduras.”

Según los periodistas norteamericanos, la tortura eléctrica es empleada por las fuerzas norteamericanas en todo Vietnam del Sur, incluso en los campos de batalla. A estos efectos se han “modificado”, con vistas a la tortura, unos pequeños generadores portátiles, “elogiados por su extrema movilidad”.

“El método de interrogatorio expeditivo comprende la conexión de electrodos desde el generador hasta las sienes del sujeto. En el caso de mujeres, se fijan los electrodos a los pezones”, comunicaba un corresponsal de Associated Press, Malcolm Browne. Un soldado norteamericano escribía a su hermana, en la primavera de 1965:

“El jefe de nuestro pelotón hundió una punta del cable en el pecho de la mujer, que recibió un fuerte choque. Quedó malamente quemada. Entonces tomaron el mismo cable e hicieron

otro tanto con el marido de la mujer y su hermano, pero en los genitales.”

El *New York Herald Tribune* trae más pormenores.

“Entre las técnicas empleadas para obligar a hablar a los prisioneros, se cuentan el rebanar los dedos, orejas, uñas u órganos sexuales de ellos o de sus compañeros. La pared de una oficina militar del gobierno está adornada por una ristra de orejas. En una oficina norteamericana hay una oreja de un vietcong, conservada en alcohol.” (25 de abril de 1965.)

Malcolm Browne, de Associated Press, escribe:

“Más de un corresponsal de prensa ha visto trozar a machetazos las manos de los prisioneros. A éstos se les castra o se les ciega. A un sospechoso lo arrastraron a campo traviesa, después de un interrogatorio, amarrado a un coche blindado. Muchos soldados disfrutaban pegándoles a los prisioneros. Mueren tantos individuos sometidos a interrogatorios que cabe preguntarse si la obtención de informes no es de importancia secundaria.” (“El nuevo aspecto de la guerra”, 1965.)

El periodista australiano Wilfred Burchett es el autor de esta descripción, confirmada por la Comisión Internacional de Control:

“La muchacha desnudó su hombro derecho. Casi vomitó. La piel satinada se alzaba en pequeñas erupciones parecidas a coliflores; la carne había sido retorcida con pinzas calentadas al rojo. Tenía media docena de cauterizaciones en la parte superior del brazo. La habían torturado durante meses. Le metían a la fuerza agua jabonosa y orina por la boca y la nariz, le aplicaban electricidad en la vagina y los pezones, con pinzas calientes le retorcían la carne de los pechos, los muslos y los hombros, la violaban con una regla. A estos tormentos sucedían otros más suaves, golpes y hambrunas.”

La enorme cantidad de informes de este tipo nos lleva a comprender cómo es posible que hayan muerto más vietnamitas antes de que el Frente de Liberación Nacional comenzara su lucha que después. Los años de paz, o de presunta paz, entre 1954 y 1960, costaron más vidas en Vietnam que el periodo que se inicia en 1960, pese a que éste incluye dos años de bombardeos al Norte con tonelaje —según el secretario de Defensa McNamara— superior al millón de kilos por día. La prensa norteamericana describe sin tapujos el tratamiento a los prisioneros:

“Un piloto de helicóptero levantó la vista de su copa para contar lo que había ocurrido a un cautivo. Como el hombre no respondía, el oficial lo arrojó del aparato, que volaba a 900 metros de altura.”

Informes similares ha publicado el *Herald Tribune*:

“En un avión que se dirigía a Saigón, eran interrogados vietcongs prisioneros. El primero se negó a contestar. Lo echaron de la máquina, desde casi mil metros.”

Y también el *New York Times* del 7 de julio de 1965:

“Un tripulante norteamericano de helicópteros contó a sus

PAULO VI: LA PAZ

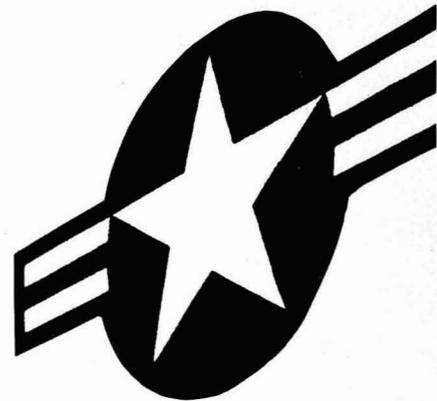
...Recuérdese esto: la paz no puede basarse en una falsa retórica de palabras, que son bien aceptadas porque responden a las profundas y genuinas aspiraciones de los hombres, pero que también pueden servir, y han servido a veces, por desgracia, para ocultar el vacío de un verdadero espíritu y de reales intenciones de paz, cuando no es para encubrir sentimientos y acciones de dominación o intereses de partido.

Asimismo, no se puede hablar legítimamente de paz cuando no se reconocen ni se respetan los sólidos fundamentos de éstas: la sinceridad, la

justicia y el amor en las relaciones entre los Estados y, en el seno de cada nación, entre los ciudadanos entre sí y con sus gobiernos; la libertad, de los individuos y de los pueblos, en todas sus expresiones, cívicas, morales, religiosas; de otro modo no se tendrá la paz, aun cuando la opresión sea capaz de crear un aspecto exterior de orden y de legalidad, sino el brotar continuo e insofocable de revueltas y de guerras.

Del mensaje del papa Paulo VI, leído el 10. de enero de 1968. *Informaciones Católicas*, Núm. 303.





amigos que, al enfurecerse con un joven, lo arrojó de la máquina, que estaba a trescientos metros del suelo.”

En el *New York Herald Tribune* del 29 de septiembre de 1965 se describe circunstanciadamente el tratamiento infligido a los prisioneros tras su captura:

“Atraparon a un vietcong y lo obligaron a ponerse las manos en las mejillas. Con un alambre perforaron primero una mano y una mejilla, y, tras pasarlo por la boca atravesaron la mejilla opuesta y la otra mano. Luego anudaron a estacas las dos puntas.”

El *New York Times Magazine* del 28 de noviembre de 1965 expone lo siguiente:

“Se rodeó a los aldeanos; trajeron a un hombre ante el comandante de la compañía. El oficial vietnamita se volvió hacia su consejero y le dijo: “Me parece que voy a balear a este tipo. ¿O.K.?” “Proceda”, respondió el consejero. El oficial vació la carga de su carabina, pegándole al hombre debajo del pecho. El aldeano se desplomó y murió. La patrulla siguió su camino.”

El *Houston Chronicle* del 24 de diciembre de 1964 describe el destino de los prisioneros:

“Eran cuatro, todos sospechosos de pertenecer al Vietcong. Los alinearon y balearon al primero. Interrogaron al segundo. Lo mataron a tiros, también.”

David Halbestam informa en 1965:

“Los marines simplemente alinearon a los diecisiete y a sangre fría los abatieron a balazos.”

El 18 de noviembre de 1965 comunicaba Reuter:

“En un lugar, los norteamericanos encontraron a tres vietnamitas heridos. —No te vas a reír nunca más—, dijo uno de los soldados, rellenándolo de plomo. Los otros dos corrieron la misma suerte.”

Y según el *Chicago Daily News* del día siguiente:

“Es casi imposible caminar sin tropezar con un cadáver. Súbitamente, un soldado herido levantó débilmente su brazo. Un sargento norteamericano hizo una prolongada descarga contra él. —Me gustaría encontrar más de estos hijos de puta tratando de rendirse, —dijo el sargento. Nadie estuvo en desacuerdo.”

El *New York Times* del 14 de octubre de 1965, cita a un ex jefe de la Comisión Internacional de la Cruz Roja en Ginebra:

“Mientras eran torturados (los prisioneros vietcong), el ejército norteamericano comenzó a destruir los hospitales del Vietcong y a cortar los suministros de medicamentos.”

U.P.I. informaba el 3 de agosto de 1965:

“Le di a un vietcong. Le di por lo menos a dos de esos bastardos. Los norteamericanos ordenaron a un vietnamita que bajara a la cueva y sacara las víctimas. Eran éstas tres niños, entre los 11 y 14 años.”

Una vez más nos ilustra Malcolm Browne, de Associated Press:

“Un hombre saltó a cincuenta metros y se echó a correr. Todas las ametralladoras dispararon contra él. Finalmente, cayó al suelo en silencio. Lo encontramos boca arriba, en el barro, con cuatro agujeros de bala en lo alto de su tórax desnudo. Estaba

vivo, movía sus extremidades. El pelotón observaba al hombre. Se reían. Uno de los soldados tomó del barro una gruesa estaca y hundió un extremo en el suelo, junto a la garganta herida del hombre. Inclino con fuerza la estaca sobre el cuello, para estrangular al herido. Uno saltó sobre el extremo libre de la estaca, para romperle el cuello al caído, pero el palo se quebró. Otro hombre le pateó la garganta, pero, vaya a saber por qué, la chispa de la vida aún era muy fuerte. Finalmente todos rieron y volvieron al sendero.

“Dos mujeres salieron corriendo de una de las chozas. Una de ellas se agarró la boca cuando vio al herido, en quien reconoció a su marido. A la carrera volvió a su choza y retornó en seguida, trayendo una tinaja con agua. Lavó las heridas y limpió la sangre coagulada. De cuando en cuando se pegaba en la frente y murmuraba algo. Lentamente miró a las tropas, a lo largo del camino. Sus ojos se clavaron en mí, con una expresión que suele sobrecogerme aún hoy.”

El *New York Post* del 30 de abril de 1965 cita a un marine, que trata de matar por la espalda a un aldeano. Aseguró:

“No piense que somos asesinos. Somos marines.”

El *New York Journal American* informaba el 16 de septiembre de 1965:

“Esta es una nueva generación de norteamericanos; la mayoría de nosotros no la conocemos, pero es hora de que nos acostumbremos a ella. Los muchachos de dieciocho y diecinueve años tienen acero en su espinazo, y puede que una exagerada dosis de instinto asesino. A estos chicos parece divertirles matar vietcongs.”

Me he concentrado en los pequeños acontecimientos cotidianos de la guerra, tal como los conocemos a través de la prensa occidental, porque esos informes son más reveladores que las igualmente minuciosas descripciones occidentales de las armas especiales y experimentales, recién desarrolladas y ya utilizadas ampliamente contra el pueblo vietnamita.

Los relatos casuales referentes a la conducta del ejército norteamericano de ocupación han sido publicados sin que se produzcan, entre los más de los lectores de esos artículos, protestas dignas de mención. Es necesario preguntarse cuál es la causa.

Hace algo más de un mes, James Reston, uno de los editores del *New York Times*, escribió un artículo intitulado “La piel de mapache en la pared”. En esa nota cita una frase del presidente de los Estados Unidos, pronunciada ante las tropas norteamericanas en Cam Ranh: “Vuelvan a casa después de haber estado en la pared la piel del mapache.” Con lo de “mapaches” aludía a los vietnamitas. “Mapaches” (*coon skins*) es una expresión norteamericana que designa a los negros. Lo de “mapaches” explica cómo es posible que el periódico occidental más renombrado pueda imprimir, sin inhibición ni turbación visibles, descripciones que son análogas a las que leíamos sobre la vida en Auschwitz, Dachau y Buchenwald. El presidente norteamericano que así se dirigía a sus soldados es el mismo hombre que expresó lo siguiente el 15 de marzo de 1948, en la Cámara de Representantes de ese país:



“Sean cuales sean nuestras armas ofensivas o defensivas, sin superioridad aérea, Norteamérica es un gigante maniatado y semiestrangulado, impotente, fácil presa de cualquier enano amarillo que disponga de un cortaplumas.”

Éste es el legado, ésta es la auténtica herencia directa de las escuadras de exterminio y de las cámaras de gas, a las que eran enviados los enanos amarillos y los mapaches y los judas para su aniquilación infamante.

El *New York Times* del 25 de septiembre de 1966 publicó un extenso artículo de su principal redactor militar, Hanson Baldwin:

“El Departamento de Defensa sostiene que nuestra utilización de agentes químicos en Vietnam no sólo es militarmente exitosa, sino más humana que la de balas o explosivos.” Mr. Baldwin afirma: “Desde 1960 se ha extendido en los Estados Unidos la producción de diferentes tipos de productos químicos. Éstos incluyen mortíferos gases nerviosos y los más modernos, llamados “incapacitadores benevolentes”. Y continúa: “Muchos expertos agregan que los modernos agentes químicos permiten, más que cualesquiera otros armamentos, confiar en la conducción humana de la guerra.”

Documentados informes sobre esos productos químicos y gases muestran que los mismos causan parálisis, convulsiones, asfixia y ceguera. Han sido usados a lo ancho y lo largo de Vietnam del Sur. Un vocero oficial de Washington manifestaba el 10. de noviembre de 1965, en la Conferencia Nacional sobre Política Exterior:

“Estados Unidos emplea limitadamente compuestos de arsénico y cianuro en la parte meridional del Vietnam, pero aún no en la septentrional.”

La documentación que poseo, atinente al bombardeo consciente y sistemático de hospitales, escuelas y sanatorios, procede también de fuentes occidentales. Es considerable el uso de armas tales como las bombas que contienen millones de esquirras afiladas como hojillas de afeitar, el empleo de gasolina gelatinosa en inmensos volúmenes, o de fósforo, la guerra bacteriológica. La construcción de campos de trabajos forzados y la política de tierra arrasada, que ha llevado al encierro del 59% de la población rural de Vietnam del Sur —ocho millones de personas— también lo conocemos a través de fuentes occidentales, como por ejemplo la revista *Time* y el *Observer* londinense.

La Editorial Aguilar acaba de publicar un notable libro de Russell: *Crímenes de guerra en Vietnam*. Recién salido de las prensas de George Allen and Unwin Ltd., la Editorial Aguilar lo ha publicado, en traducción de Manuel Aguilar. Los doce capítulos que contiene el mencionado libro, más el epílogo y el apéndice, son una revisión de los padecimientos de Vietnam desde la primavera de 1963 hasta nuestros días. Sin embargo, un artículo de Russell, publicado en Londres a fines de 1966 y transcrito en *Marcha*, de Montevideo, número 1335, complementa la denuncia y la revisión que el filósofo inglés ha hecho de la guerra contra Vietnam.

